

ARQUÍMEDES– Ley de la flotabilidad

Se le atribuye al sabio griego **Arquímedes** (287-212 a. C.), alumno de Euclides, el descubrimiento de la ley de la flotabilidad. Se cuenta que Hierón, rey de Siracusa (ciudad natal de Arquímedes), sospechando de un orfebre que le había hecho una corona, le pidió que demostrara si dicha corona era de oro puro o adulterado; pero tenía que demostrarlo sin dañarla de ningún modo.

A Arquímedes no se le ocurría cómo hacerlo, hasta que un día, al meterse en el baño y observar cómo subía el nivel del agua y se desbordaba la bañera exclamó "¡Eureka!", que significa "¡Lo encontré!", y salió a la calle desnudo gritando "¡Eureka! ¡Eureka!". Su idea era medir el agua desplazada por la corona y luego el agua desplazada por un peso igual de oro. Se desconoce cuál fue el resultado de la verificación.

Pasión – esa motivación tan contagiosa

Menudo problemón le cayó al pobre Arquímedes. En aquellos tiempos, cualquiera se arriesgaba a defraudar al rey. Imaginemos cómo debió de ser que incluso tuvo que descubrir una nueva ley de la Física para poder salvar la situación. Pero claro, a grandes retos... grandes remedios.

Cuando tenemos **pasión** por aquello que hacemos, ponemos en juego grandes dosis de entusiasmo, elemento este que nos permite –como otras competencias ya vistas en nuestras news- escapar a lo ya conocido, a lo establecido y aportar enfoques nuevos.

A nuestro personaje se le ocurrió la solución a su enigma haciendo algo que no tenía nada que ver con el problema. Sin embargo, tanto entusiasmo le había puesto a su trabajo, que fue capaz de mirárselo desde perspectivas distintas y en situaciones atípicas hasta que halló el buen camino.



Y no queremos que se nos pase por alto cómo se le ocurrió a Arquímedes su brillante idea: ¡dándose un baño! Naturalmente, sabemos que sólo es una leyenda, pero la compramos, puesto que nos parece apasionante que las cosas ocurran donde racionalmente no deben ocurrir; es fantástico que nuestro despacho, nuestro laboratorio, nuestro taller, no sea únicamente un determinado espacio cerrado entre cuatro paredes y dentro de unos límites horarios, sino que interactuemos con todo el potencial que nos rodea para tratar de conseguir nuestros pequeños retos (dejemos los grandes para los personajes de leyenda, o no tan de leyenda pero sí de otra dimensión).

Este sentimiento de positivo arrebató que entendemos por **pasión** -término escurridizo donde los haya, pues la misma RAE encabeza su relación de acepciones con "Acción de padecer" y sigue con perlas como "Lo contrario a la acción", "Estado pasivo en el sujeto", "Perturbación o afecto desordenado del ánimo"...- tiene para nosotros una segunda vertiente que es tanto o más importante que la ya mencionada, y es que innegablemente genera a su alrededor un efecto contaminante.

Todos hemos experimentado en alguna ocasión, ya sea en entorno profesional o personal, qué ocurre cuando hay alguien con tendencia al vivir apasionado, y es que esa fuerza se transmite y genera una motivación extra, como una fuerza que se irradia, como una energía bienvenida. Cuando este elemento desaparece de escena, es como si se apagara una luz... enseguida lo echamos de menos.

¿Quién no desea tener alguien así cerca compartiendo un proyecto? ¿Y si **pasión** fuera algo con lo que pudiéramos contar sobradamente en nuestro equipo? Es cierto que, como ya nos avisa la señora RAE, esa perturbación de ánimo nos puede causar desórdenes... pero como reza el dicho: "Denme agua, que yo ya haré por no ahogarme".

Y llagados a este punto, no nos queda otra que invitarte a la **irreflexión** y desear que tengamos bien pronto motivos para salir a la calle brincando al grito feliz de "¡Eureka!".